

maquilladores, peinadores, estilistas, escenógrafos, expertos en imagen y sonido que, desde su propia disciplina y campo de acción, apoyan y aportan a la propuesta de diseño de cada alumno. Los modelos, por su parte, también hacen lo propio: en escena, se transforman en actores que le dan vida al diseño en cuestión. Un gesto, una actitud, un movimiento, terminan por definir la idea. Todos son importantes eslabones que, desde su experiencia, optimizan el resultado final y le dan sentido a la pieza.

El ejercicio de producir en equipo y trabajar en favor de una puesta común, también enriquece a los alumnos desde el factor humano. Experiencias a granel se viven detrás de escena. Se percibe entusiasmo y cierto nerviosismo, hay alegría y algarabía. Horas antes del desfile, se realizan los últimos toques: se dan las justas puntadas y las precisas indicaciones de un ojo experto, llegan justo a tiempo para delinear los ojos de una modelo que espera silenciosa y paciente. Los estilistas se ven atentos: las cabelleras se preparan con minuciosidad y esmero; los zapatos se lustran... alguien dijo: “deben brillar” y por cierto, sin titubear, un escenógrafo guía a los actores en su recorrido por la escena, deben ensayarse los últimos pasos. El musicalizador, por su parte, edita los últimos acordes y los iluminadores controlan el fervor de los flashes. El docente, también hace lo propio: supervisa al grupo, define el orden de pasadas y piensa el saludo final, a la vez que contiene a una alumna inquieta.

El *show* está por comenzar y la audiencia no cesa de ingresar. Alumnos y modelos toman sus posiciones, son muchas las emociones y grandes los fervores. Los sentimientos, de sendos colores. Familiares y amigos están listos para disfrutar del espectáculo y una vez más, los docentes tenemos la posibilidad de apreciar y evaluar el resultado de un arduo trabajo: el de estimular a nuestros estudiantes a explorar, cultivar y desarrollar intuiciones, a conceptualizar y argumentar propuestas, a concretar proyectos creativos, a perseguir sueños, a aprehender vivencias, a materializar ideas en el apasionante proceso de aprendizaje, que comienza en el aula y culmina en la escena.

El teatro y lo lúdico como herramientas para mejorar la comunicación

Luis Ricardo Asensio

Desde la década del setenta he estado trabajando bajo la dirección de grandes maestros que me han enseñado distintas técnicas de expresión verbal y no verbal: el manejo del cuerpo, cómo educar mi voz, equilibrio escénico, ritmo y muchas otras cosas que han ido forjando en mí este amor tan intenso que siento por el teatro. Tanto que he dejado de lado otras pasiones para abrazar ésta, que es la que llevo en mi sangre.

A lo largo de los años, he descubierto que el teatro no debe considerarse únicamente como una actividad artística para ser representada. A través de todo este tiempo, y paradójicamente, gracias a la enseñanza de mis alumnos, he podido observar que el teatro sirve tam-

bién como actividad que permite descubrir las distintas herramientas con las que contamos para analizar cómo nos comunicamos.

Por esta misma razón, es decir, por el hecho de haber estado trabajando durante más de treinta años en la práctica del teatro, es que he sido convocado a participar como docente en algunas cátedras de nivel universitario y terciario para intentar transmitir a los alumnos algunas de las técnicas utilizadas en actuación y que se han ido transformando lentamente en técnicas de aprendizaje en favor de la comunicación. Y lo más sorprendente de todo es que tanto en una como en otra actividad, mis alumnos me han enseñado mucho más de lo esperado. Y no es que buscara aprender de ellos, sino que en realidad mi función era transferirles mis experiencias y que juntos buscáramos de qué forma les resultaría útil para la carrera elegida, pero inevitablemente se producía esa famosa retroalimentación y lo que ellos volcaban en las clases era para mí sorprendente por cuanto no siendo alumnos de teatro trabajaban técnicas similares pero con objetivos totalmente distintos: ellos no querían en ningún momento ser observados, no hacían algo para que el público los aplaudiera, no dejaban de ser ellos mismos durante sus tareas, no interpretaban personajes nunca.

Entonces, ¿Qué era lo que podía encontrar como punto de contacto entre mis alumnos de teatro y aquellos que sólo recibían de mí alguna de esas técnicas teatrales para volcarlas a su aprendizaje? ¿Cuál era la magia? La magia era muy simple: tanto mis alumnos de teatro como mis alumnos de oratoria, relaciones interpersonales, etc. buscaban, hurgaban, investigaban acerca de las formas y mecanismos para intentar llegar al otro, para persuadirlo, es decir, encontrar una comunicación eficaz, efectiva, creíble.

Sin embargo había algo que me tenía intranquilo y me obligaba a encontrar cómo trabajar esta forma de comunicación con algunos alumnos a quienes les resultaba sumamente difícil, y en algunos casos aislados hasta el límite de lo imposible, no sólo hablar delante de otra persona sino que se lo vea, se lo mire, se lo observe, para aportarle críticas a su labor y poder así mejorarla. Este grupo de alumnos, tanto en teatro como en las distintas materias que dictaba, estaba compuesto por los que a sí mismos se llamaban o denominaban tímidos, los que se inhibían ante la presencia de otro.

¿Cómo lograr que se suelten, que pierdan ese temor a la exposición? ¿Qué herramientas brindarles para ello? Era obvio que podía guiarlos pues las herramientas estaban en ellos mismos, no era necesario fabricar nada, la materia prima estaba presente y sólo era cuestión de enseñarles a moldearla.

En definitiva, fueron los alumnos quienes dieron respuesta a mis inquietudes, gracias a ellos pude definir, pude darme cuenta que hay actividades relacionadas a la disciplina teatral que terminan de dar forma a la base de la comunicación, que no alcanzaba con un taller de actuación aunque el mismo fuera dividido en distintos niveles. Hacía falta todo lo que el alumno necesitaba como herramienta de apoyo a su tarea interpretativa. Pero me enfrentaba a la vez a un gran desafío, y era que para darles esos conocimientos debía instrumentar me-

canismos que lograran que el alumno se desinhiba. Si hiciéramos un paralelo con el ámbito teatral, podríamos decir que yo sé maquillarme para salir a escena, pero carezco de los fundamentos teóricos para enseñarle a otro actor cómo debe hacerlo; que mi formación como arquitecto siempre me resultó útil al momento de diseñar alguna escenografía, pero sucedía lo mismo: escenografía es algo más que un espacio y un decorado. Y así podría comentar iguales discernimientos respecto a la educación de la voz, la danza, el canto, el vestuario, etc. Por lo tanto decidí ponerme a investigar acerca de cómo mejorar las técnicas teatrales para llevarlas al espacio áulico y trabajar con alumnos de diversas carreras en las que la comunicación es algo imprescindible, ya sea, en la licenciatura en Relaciones Públicas, en Organización de Eventos, etc.

Y es aquí donde surge otro interrogante que desde hacía tiempo me venía planteando: ¿cómo sabe el alumno lo que necesita en el proceso de comunicación? ¿Cuáles son los mecanismos que se establecen entre orador y audiencia en ese período de tiempo en el que trabajan, elaboran, producen, comparten y debaten acerca de una presentación profesional?

Así entendí que era sumamente necesario entonces, que también mis alumnos tuvieran una actividad en la cual pudieran descubrir la relación dialéctica que se da entre dicente y oyente durante el proceso creativo de la comunicación en el ámbito profesional. Por esta razón, la propuesta pedagógica incluye una serie de actividades que paso a detallar, es decir, planteo, entonces, una estructura de trabajo en base a la participación activa que permite que la formación del alumno sea lo más amplia y completa posible brindándole una base sólida para entender, comprender y aprender las herramientas mínimas y elementales de una buena comunicación.

En una primera instancia, puede partirse de la aceptación que toda actividad áulica debe permitir lo lúdico para que, progresiva y gradualmente, el alumno acepte incorporar las técnicas, metodologías y herramientas necesarias. Si a un alumno inhibido, tímido, introvertido se lo expone a prácticas de este tipo sin el “precalentamiento” oportuno, lo más probable es que nunca llegue a soltarse, sino que por el contrario, se cierre aún más a cualquier tipo de entrenamiento oratorio.

Algo que trato de dejar en claro con mis alumnos es que entiendan que la oratoria y las prácticas oratorias, pueden compararse sin duda alguna a un entrenamiento deportivo; y para ello incluyo en mis presentaciones el típico ejemplo del jugador de fútbol: ningún jugador aprendió a pegarle a la pelota en un curso por correspondencia; tuvo que entrenarse para ello. Y al orador le sucede exactamente lo mismo. No basta con tener una buena voz, con tener buena dicción, con ser desinhibido. A todo ello hay que sumarle práctica, entrenamiento; el alumno debe saber qué se siente al estar frente a una audiencia, al tener que elaborar un discurso y ser a la vez persuasivo, saber cómo captar la atención, equilibrar lo verbal y lo no verbal, y comprender mediante la misma práctica que uno de los más exquisitos recursos que tiene un orador es el buen uso de los silencios y las pausas. Paradójico, ¿no? Pero es absolutamente cierto: el buen manejo de las pausas le da al orador la posibi-

lidad de aclarar su discurso, de percibir a la audiencia y darse cuenta si es que está siendo comprendido en su totalidad, le permite “leer” a la audiencia.

Son muchos y muy variados los ejercicios que se pueden desarrollar en el aula para “entrenar” al alumno. Pero mencionaré sólo uno, tal vez el más sencillo y que trata de demostrar al alumno qué hacer al momento de eliminar el movimiento de sus manos y tener que recurrir sólo a lo verbal. (N. del R.: este ejercicio apunta ciertamente a mejorar la capacidad de expresión oral y ejercitar el vocabulario, ya que también he comprobado, al igual que muchos colegas, que en general la falta de vocabulario en el alumno universitario, es en verdad algo llamativo y preocupante)

El ejercicio en sí es muy sencillo: se dibujan en una hoja dos o tres elementos geométricos (por ejemplo, un triángulo, un círculo, una cruz) y un alumno debe dirigirse a sus compañeros, quienes papel y lápiz en mano, deben “fotocopiar” lo que su compañero/a tiene en su hoja. Quien juega el rol de emisor, podrá hacer uso del vocabulario que quiera y/o necesite (esto debe quedar absolutamente en claro para que el ejercicio logre su objetivo), es decir, podrá utilizar las palabras que crea convenientes para indicarles a sus compañeros/as qué dibujar y cómo dibujarlo; pero ellos, deben hacer un dibujo exactamente igual al de la hoja en cuestión. Y otros detalles importantes a tener en cuenta: el orador no podrá hacer uso de su expresión no verbal, sus manos deberán permanecer aferradas a la hoja todo el tiempo; y la audiencia no puede preguntar absolutamente nada; el orador debe darse cuenta de lo que el otro necesita al momento de transmitir un mensaje. Los resultados son sorprendentes; mis alumnos pueden dar fe de ello.

Acerca de los jóvenes y el consumo

Alicia Banchemo

Los cambios en el contexto económico y social, que se dan a partir de la dinámica de un colectivo, pueden transformarse en disparadores de diversas temáticas, tanto desde lo conceptual o teórico como de prácticas, y en este sentido de temas de investigación. Particularmente las transformaciones en nuestra composición social, que cíclicamente se vienen produciendo desde los años 70, son un buen punto de partida para la reflexión.

Los procesos de marginalización urbana, de los que da cuenta Loïc Wacquant en *Los condenados de la Ciudad*¹, se evidencian en la exclusión espacial, si bien continúan insertos en una estructura que se reproduce con ellos pero no para ellos. En ese contexto que incluye, paradójicamente, a diversas naciones y nacionalidades, los conceptos para explicar varían: cambia la realidad, debe cambiar su lectura y para ello deberemos pensar nuevas categorías, nuevas significaciones. Quizás aquello que suele llamarse “juventud” sea uno de los casos más paradigmáticos, en este sentido.

El concepto de juventud es un concepto histórico, noción que sólo puede ser leída a partir de los procesos sociales, económicos y culturales. Y es también en estos contextos en los que puede instalarse el análisis de los